

—¡La mosca! ¡la mosca!.....*

La casa que habitaba Eugenia estaba situada, como ya antes hemos indicado, á la entrada del pueblo de San Angel, en un terreno cercado, ó mejor dicho, limitado por una barda con honores de cerca.

Aquel muro pigmeo se alzaba prestando á las habitaciones una guarda del mismo género que la que puede prestar una oblea pegada en la cerradura de un candado abierto y sin llave.

Esto es, una cerradura, una seguridad puramente moral.

Un hombre fuera de la barda, podia sin esfuerzo alguno colocarse de codos sobre ella.

Esto es magnífico para los que van á enamorar á las muchachas que viven *cercadas* como lo estaba aquella casa.

En un ángulo formado por uno de los lados de aquella posesion, que daba á la que podremos llamar calle Real, y el otro que formaba el principio de uno de esos callejones iguales en todos los pueblos, se detuvieron ambos jóvenes.

—«Tú, por allí me esperas» —dijo Máximo á Antonio, señalándole con el dedo y con la vista un punto en el callejon, á veinte pasos poco mas ó menos, del en que se hallaban.— Yo me quedo aquí, á ver qué sucede.

Aquel sitio era el lugar de la cita que Eugenia habia dado á Máximo para contestarle su carta.

Antonio fué á esperar en el lugar que se le habia designado.

Las jóvenes habian entrado hacia un cuarto de hora en la casa, perdiéndose detrás de un porton pintado de verde, en el que pendia por el lado de afuera la cuerda del picaporte.

Máximo esperó en aquel rincon como una hora.

Antonio habia apoyado su pequeño fusil sobre el muro de

* Dinero.

adobes del callejon, y se paseaba fastidiado á lo largo de aquella callejuela llena de tierra.

Por el lado en donde se hallaba Máximo, la casa tenia dos grandes ventanas cerradas interiormente con vidrieras y cortinas y por afuera con *persianas*.

Raras ocasiones se habia observado que aquellas ventanas se abriesen.

De ellas á la barda habia una gran distancia, y sin embargo, podian percibirse detalladamente los objetos.

A la hora de expectativa, una de ellas se abrió y apareció Eugenia.

Eugenia, que se quedó mirando fijamente á Máximo, que apoyado en su fusil, se dejaba ver de la cintura para arriba, esperándola.

La joven, casi inmediatamente desapareció, cerrando estrechamente la vidriera.

A poco rato la vió Máximo acercarse lentamente á la barda.

Al llegar, ella inclinó leve y circunspecta la cabeza.

El cazador apartó un instante el fieltro de los cabellos, balbuciendo:—«A los piés de vd., Eugenia.»

—¿Quiere vd. decirme *qué quiere?*—dijo esta afectando un humor denso, y con esa locucion incorrecta por lo comun y defectuosa, pero encantadora ciertamente, que suelen emplear las mujeres, y con mas razon si están violentas ó preocupadas.

—Yo..... nada..... vd. me ha mandado venir hoy..... y ahora.....

—¡Ah!..... sí..... es cierto..... para devolver á vd. *esto*, que no podria sin duda ni deberia conservar en mi poder.

Y al pronunciar estas palabras, la joven sacó del bolsillo la carta que Máximo la habia obligado á aceptar, y se la devolvió, alargando el brazo por encima de la barda.

—Pero yo habia venido—murmuró desconcertado Máximo al reconocer su carta—yo habia venido aquí citado por vd. á esta hora y en este sitio, para recibir una contestacion de esta carta, y no ciertamente la misma.

Y retiró la mano para indicar que se rehusaba á tomar aquella carta.

—Entonces le diré á vd. que todo es inútil..... que á nada vendria el insistir sobre el particular, y que para nada debe vd. ocuparse *de esto*, pues no podria darle ninguna esperanza.

Y la jóven al decir estas palabras, con un acento breve y duro, destrozó la carta en menudos fragmentos, que arrojó al viento en presencia de Máximo.

—¿Absolutamente?—murmuró este con voz trémula y conmovida.

—Ninguna—contestó Eugenia volviéndole la espalda y dirigiéndose de nuevo hácia la habitacion.

Máximo la siguió con la vista, y al dar ella vuelta por la pequeña y encorvada calle de árboles que iba á terminar á pocos pasos del porton verde, perdiéndose allí completamente á la mirada del estupefacto amante, prorumpió este en diez ó doce insolencias que algo nuevo hubieran enseñado á un *lépero*.

Nada habia podido oír Antonio desde la especie de escondite en donde se hallaba; pero todo lo vió: y cuando Eugenia habia hecho menudos fragmentos la carta de Máximo, apenas pudo reprimir un grito de júbilo.

La simpatía produce instintos, y por eso, acaso instintivamente, comprendió Antonio que Eugenia se salvaba.

El solo pensamiento de que aquella adorable mujer, aquella delicada y poética flor, hubiera ido á deshojarse entre las manos profanas de Máximo, solo para dejar entre ellas un átomo de oro, habia exasperado á nuestro jóven.

En un momento habia sentido dentro de su corazon la rabia

impotente de un celo devorador, tanto mas, cuanto que ni aun podia hacerse expresivo.....

Máximo bien pronto se rehizo, y al unirse de nuevo á su jóven amigo, afectaba una serenidad y una indiferencia completas.

Tambien la tarde estaba serena y apacible.

El viento seguia soplando tibio, manso y embalsamado, y gruesos pelotones de un áureo nublado se precipitaban al horizonte.

Con ellos se hundian en un hemisferio lóbrego y desconocido, no las tiernas esperanzas, sino los sórdidos proyectos del avaro jóven.

De regreso á México, Máximo habia perdido un nuevo negocio y Antonio habia adquirido una nueva ilusion.

Siguieron, no obstante, siendo tan amigos como siempre lo habian sido.

Hay algo que se atrae en las naturalezas de opuesto carácter, obedeciendo sin duda á ciertas leyes de neutralizacion ó equilibrio moral.

Bien pronto olvidó Máximo á aquella mujer y aquella aventura.....

Antonio tuvo un objeto mas entre el asombroso número de objetos que poblaban su fantasía y le tenian cada dia mas abstraído y mas soñador.

Siguieron el uno proyectando y calculando;

El otro soñando y delirando.

Solian, no obstante, recordar ambos á Eugenia algunas ocasiones.

Antonio como un ángel perdido;

Máximo como un billete de banco extraviado.

La jóven habia podido vacilar sobre las intenciones del segundo, é iluminada en sus simpatías por la misteriosa intui-

cion de aquel jovencillo compañero de su amante, á quien Eugenia habia encontrado no del todo destituido de interes, excitada la fibra de la ternura en la jóven, que poseia un corazón brillante y se dejaba fácilmente avasallar ante el espectáculo de la melancolía y de la desgracia cuando estas tenian un carácter noble, pudo retirar á Máximo cuanto hubiera sentido por Antonio, y aquella linda frente se contrajo algunos momentos en los dias siguientes, pensando en aquel cazador por quien habia sentido una ternura casi maternal.

Si Antonio le hubiera dicho á Eugenia «yo te amo,» Eugenia, en su carácter noble, grande y despreocupado, le habria dicho en el acto:

—«Yo tambien.....»

Quedando firmemente persuadida de que nada habia aventurado su decoro de señora y su dignidad de mujer.

Y ambos se hubieran comprendido sin duda alguna.

Ella, habria llamado á Antonio un poco, hasta hacerle tocar desde aquella época la suma necesaria de las realidades de la vida;

Él hubiera acariciado el alma bella y entusiasta de Eugenia, colocándola entre sus nubes, haciendo de aquella beldad morena y seria, un ángel, un ídolo, un bellissimo ensueño de amor.....

Pero no volvieron á verse por entonces.

Máximo la recordaba sin cesar entre cifras;

Antonio entre nubes.

Antonio seguia su lenta carrera en el colegio de ***;

Máximo empezó á aplicar todo su ingenio y toda su fuerza moral á prosperar.

Antonio no se ocupaba de las operaciones aritméticas de su amigo;

Máximo se burlaba de los delirios de su compañero.

Pero se reunian, se toleraban, eran amigos.

Y amigos que podian tenderse la mano y estrechársela, hallándose cada uno en un polo opuesto del en que se hallaba el otro.

Se hablaban poco y siempre andaban preocupados.

Solia suceder que Antonio se pusiera á hablar *del traje de crespones con que se enluta la noche, de los didfanos y rosados velos con que se engalana la aurora, del aleteo de los ángeles cuando dos amantes tímidos se acercan á darse el primer beso de amor..... &c., &c., &c.*

Máximo oia hablar á su amigo como quien oye que el viento sopla ó que la fuente corre.

Aquello era griego para el jóven.

Una jerga que le fastidiaba.

Una jergonza incomprensible, que cuando mucho podia producir dolores y cargazonas de cabeza.

Despues de dejar hablar largas horas á su amigo, solia fijar las miradas en su semblante, como quien observa los progresos de una enajenacion mental en un objeto que no le es indiferente.

—Y bien, ¿qué sacas de esto? —le interrumpia exabrupto.

—Ni honra ni provecho. Te fatigas *de balde* y sin que haya quien te lo agradezca. Acuérdate de alguno que ha dicho, y con justicia:

«Bueno es el amor; pero mejor es la comida.»

Vas á acabar en un hospital si sigues ocupándote de esas miserias.

Piensa en *esto* y gozarás de la vida. Mas tarde me agradecerás lo que te aconsejo ahora.

Y cuando Máximo pronunciaba la palabra *esto*, hacia un círculo con los dos primeros dedos de su mano derecha, enseñándole á Antonio.

Aquel círculo elocuente quería decir dinero, monedas, *móscas*, como decía Máximo.

Y es la verdad que Máximo profesaba un sincero cariño á su jóven amigo, apenándose por lo mismo con verle en esta alternativa:

O que Antonio andaba por el cielo perteneciendo al mundo;

O que andaba por el mundo perteneciendo al cielo.

—De todas maneras—decía lleno de convicción—ó *este* no debió de haber nacido, ó por necesidad tiene que acabar mal, muy mal.

Esas cosas de que se ocupa y en que piensa constantemente, no dan de comer ni dan nada.

Todo esto puede pasar en un loco, pero no en un muchacho que tiene necesidad de trabajar para vivir.....

¡Pobre Antonio! ¡qué suerte le espera con sus poesías!.....

Y hubo momentos en que Máximo se sentía séria y profundamente conmovido, pensando en la suerte futura de su amigo Antonio.

Este no tenía remedio. Aquel le abandonaba despechado.

LXV.

A aquella especie de aventura fugitiva y casi insulsa, llamaba Máximo haber amado con todas sus fuerzas y con todo su corazón.

La mirada de Eugenia había abierto no sé qué flores misteriosas en el de Antonio.

La imagen de Eugenia jamás debía borrarse de su memoria, cuando tras largos años y al través de una cuarta parte de su vida, volviera á hallarla.

Máximo había llegado á ser un ente vulgar, un hombre tra-

bajador, mezquino, lleno de *modus vivendi*, lleno de tacto y de mundo.

Antonio en la ebriedad de sus ideas, había llegado hasta el *delirium tremens*.

El primero no había vuelto á saber de su padre ni de su familia.

Era comerciante en vinos, armas de lujo, libros raros, fotografías y medicinas.

Tenia abierto al público un expendio, y encima de la puerta se leía su nombre en áureos y elegantes caracteres ingleses, sobre fondo negro.

Allí se fumaban exquisitos puros de la Habana: en la vidriera del aparador había dos tarjetas que decían:

English spoken here, y

On parle français.

Se *despachaba* en aquella pequeña y elegante tienda el «chocolate vermífugo,» las «pastillas de Brown,» el «remedio afrodisíaco de Hollick,» y se ostentaban millares de tarjetas fotográficas de mujeres extranjeras que se habían dejado reproducir anónimas, y que medio envueltas en girones de gasa, con la *boneta* en la cabeza, los brazaletes en los puños y la fatiga debajo de los ojos, se expresaban bastante.

Todo aquello valía caro, muy caro; Máximo se lo hacía pagar á *peso de oro*; pero su tienda estaba bien situada, pasaban por allí algunos *dandys*, y cuando alguno se sentía *frappé* por el *chic* de alguna de aquellas fotografías, entraba en la tienda, llamaba á Máximo *monsieur*, y decía con cierto aire, entre grosero y desdeñoso:

—¡A ver! deme vd. á esta..... es M.^{te} H*** ó Miss L***, que *me perteneció* en New-York ó en Paris: conservaré esto como recuerdo de esa infame, que me costó tantas onzas ó tantos billetes de banco!.....

Y Máximo, serio, solemne, impasible, extraía cuidadosamente la fotografía, la introducía en una cubierta, la entregaba, se hacía pagar, como hemos dicho, muy caro, y en el acto apuntaba en su libro el artículo vendido y su precio, apareciendo á veces en aquel libro partidas tan raras como por ejemplo estas:

Por una Mlle. F*** ó K*** medio desnuda..... \$ 0 75 cs.
 Por una id. vestida con decencia 0 50 cs.

Máximo tenía un expendio asombroso.

Muy á menudo tenía que hacer nuevas provisiones de bailarinas, pistolas, botellas de vino y frascos ó paquetes de medicinas raras, «aprobadas por la Facultad médica de Paris, &c.»

Hablaba en su idioma á los extranjeros.

Con los calaveras hablaba de crónica escandalosa, de las prostitutas notables, de duelos, &c., &c., &c.

Con los hombres circunspectos, de política, ferrocarriles, invenciones y descubrimientos, adelantamientos y mejoras materiales.....

—Barnum—decía—es mi corresponsal en los Estados Unidos. Por su conducto me llega todo lo notable que aparece allí.

Enseñaba un fragmento de papel color de rosa, en donde Adelina Patti le mandaba un recuerdo bajo su firma.

—¡Miren vdes. otro recuerdo!

Y mostraba con cierto desembarazo una zapatilla de raso que habia pertenecido, decia, á Lola Montes.

—¡Con estas zapatillas blancas tuvo la ocurrencia de bailar «la Cachucha» en un salon de Berlin!

—Era una mujer muy rara—añadia con el mayor desenfado y naturalidad.

Una ocasion me *plantó* un beso delante de todos. Yo me mortifiqué de aquella excentricidad, y ella me dijo casi á gritos:

—Te quiero, *Máximo*, te quiero por *groserote*.

Porque deben vdes. saber que yo he sido siempre adusto. Otra vez la Guy Stephan bailó divinamente el «Paso Stirien» sobre la punta de los piés.....

¡Oh! ¡qué mujer aquella!.....

La hice no sé qué cumplido demasiado trivial, y hube de caerle en gracia.

Me regaló una camelia roja que tenia prendida en los cabellos.....

Mírenla vdes.....

Y mostraba con la mayor circunspeccion una camelia, acompañada de una tarjeta en la que estaba grabado el nombre de la célebre bailarina.

Máximo, con sus embustes, con sus rarezas y con su cómica circunspeccion, atraía á su tienda á cierto círculo que sin cesar le compraba los heterogéneos artículos de su comercio al precio que queria imponerles.

Tal vez obraba contra su verdadero carácter; pero su idea fija le salvaba todo.

Era de los que piensan, sienten y obran bajo el concepto de que «el fin justifica los medios.»

Estaba en via de realizar los mas gratos ensueños que desde niño habia acariciado, y de realizarlos de un modo serio:

¡Ser rico!

Dominarlo todo con su oro, sentirse fuerte, grande y poderoso, capaz de ser dueño de todo, ¡pues que todo se compra, poco mas ó menos!

Cada noche que Máximo abria su libro y veía que habia ganado mil veces el doscientos por ciento, se reía de sus compradores, de sus artículos y de su propia circunspeccion, y así, riendo de una manera irónica, terrible, hacia cartuchos de *su ganancia* y los ocultaba en su arca de fierro.

Por lo demas, ningun placer se permitia.

Cada vez que algun cartel anunciaba alguna novedad, Máximo empezaba á leer el anuncio por el fin, esto es, por «los precios de entrada.»

Nunca concurría.....

Tal era Máximo.....



CAPÍTULO XIII.

“SI.....”

LXVI.

En la misma noche que Antonio escribía á Piedad una segunda carta, Máximo fué á ver á Antonio.

No perdian nuestros jóvenes la costumbre de visitarse.

Le encontró excitado, violento, *impresionado* sobremanera.

—¿Qué te pasa? ¿perdiste algo?

Se limitó á preguntarle.

—Estoy expuesto á perderlo todo.....

—¿Todo qué? ¿Pues tú qué posees en la vida?

—Pretendo poseer un corazon que vale mas infinitamente que todo cuanto posees tú, y á cuanto puedes aspirar.

—¿Algun amorío, eh?.....

—Un amor que no comprendes.....

—Si la muchacha *no está del todo mal*, no seria difícil que llegásemos á entendernos.

—¡Cínico!